

mision nos llama á cumplir en él los deberes que nos imponen las circunstancias en que Dios nos coloca. Esto es lo que hacian los filósofos. Tendremos un móvil todavía más poderoso para hacerlo, cuando la creencia en nuestra eternidad haya reemplazado á la duda y á la negacion que reinaban en el siglo XVIII.

N.º 1.— *Voltaire.*

El siglo XVIII todo entero está imbuido en la creencia en un progreso infinito que ha de transformar á la humanidad. Nos es imposible seguir la idea de la perfectibilidad en todos los escritores que se han inspirado en ella; basta para nuestro objeto detenernos en los nombres más importantes, en los que han conmovido el mundo. En primer lugar se presenta aquel á quien se ha llamado el rey de su siglo. En vano un ejército de *liliputienses* católicos intentan atacar á esa gran figura; su odio no hace más que poner de relieve la grandeza del personaje á quien atacan con injurias y calumnias y con la ceguera de la ignorancia. Voltaire á sus ojos es el príncipe de los escépticos; le niegan toda fe, toda creencia generosa. ¿Qué será, pues, lo que le ha inspirado, lo que le ha sostenido en su larga vida, que no fué más que una lucha incesante? Tenía su fe, fe ardiente que aumentaba con los años. A una edad en que los pensadores vulgares no hacen más que alabar el tiempo pasado, maldecir lo presente y desesperar del porvenir, Voltaire cantaba la edad de oro. Él, que brilla ante todo por un buen sentido admirable, no se cuidaba de incurrir en el exceso de los que de un sér imperfecto esperan un ideal de perfeccion. Para Voltaire la edad de oro era el mejoramiento de la condicion de todos los que sufrían por los mil abusos del antiguo régimen. Se engañaba en un punto; como todos los filósofos del siglo pasado, empezando por Leibnitz, esperaba de un príncipe legislador el progreso social. Cuando hé aquí que un jóven rey llama á sus consejos á un ministro libre pensador y amigo de los hombres en la más alta expresion de la palabra. Al advenimiento de Turgot, Voltaire lanza un grito de alegría. Hasta entónces los poetas en su desesperacion habian exclamado:

«*Nous pleurons ainsi que nos pères
Et nous transmettons nos misères
A nos déplorables neveux.*» (a).

Estas quejas van á cesar:

«*Contemple la brillante aurore
Qui t'annonce enfin les beaux jours:
Un nouveau monde est près d'éclorre*» (1) (b).

Voltaire escribe á todos sus amigos: «La edad de oro reemplaza á la de hierro. Esto hace renacer el deseo de vivir» (2). Tenía ochenta y dos años cuando se dejaba arrebatado por aquel entusiasmo que hoy apenas se encuentra en los que tienen veinte! ¿Qué frutos debe dar, pues, aquel tiempo afortunado, del cual Voltaire sentía no ver más que la aurora?

Hacia la misma época Voltaire escribió un cuento filosófico titulado *Viaje de la razon*. Hay más ideas en aquellas pocas páginas, escapadas de la pluma de un viejo, que en algunos abultados libros escritos sobre el progreso. Vamos á tener el gusto de viajar con Voltaire y con la razon: no habremos caminado nunca con mejor compañía. No hace mucho tiempo que la razon habita en esta tierra: «Era tan desconocida entre nosotros en tiempo de los druidas, que no tenía ni nombre en nuestra lengua.» Cuando vinieron los pueblos del Norte, no se oyó hablar de otra razon que de la del más fuerte: «Estuvimos sumidos mucho tiempo en aquella horrible y degradante barbarie... Entónces reinaba la política en Roma; tenía por ministros sus dos hermanas, la mala fe y la avaricia. Bajo sus órdenes la ignorancia, el fanatismo, el furor, recorrían la Europa; la razon estaba oculta en un pozo con la verdad, su hija. Nadie sabía dónde estaba aquel pozo, y si lo hubieran sospechado, hubieran bajado á él para matar á la madre y á

(a) Lloramos lo mismo que nuestros padres, y trasmitimos nuestras miserias á nuestros desdichados nietos.

(1) *Sobre el pasado y el presente* (1775).

(b) Contempla la brillante aurora que te anuncia por fin felices días. *Está próximo á nacer un nuevo mundo.*

(2) *Carta á M. Dupont*, de 1776.

la hija.» El renacimiento fué el primer resplandor de una luz nueva; desgraciadamente pareció apagarse ante las guerras de religion que desolaron á toda la Europa: «Dos ó tres chispas de razon no podian iluminar al mundo en medio de las teas ardientes y de las hogueras encendidas por el fanatismo.»

Sin embargo, no habian perecido los gérmenes sembrados por la razon y la verdad en su corta aparicion. «Hace algun tiempo les ocurrió ir á Roma en peregrinacion, disfrazadas, y ocultando su nombre por temor de la inquisicion. Habiendo sido presentadas al papa, encontraron á Ganganelli leyendo los *Pensamientos de Marco Aurelio*. Su Santidad las reconoció á pesar de sus disfraces, y las abrazó cordialmente á pesar de la etiqueta. «Señoras, les dijo el papa, si yo hubiera podido imaginar que estuviérais en la tierra, me hubiera apresurado á haceros la primera visita.» Despues de algunos cumplimientos, hablaron de negocios. Al dia siguiente Ganganelli abolió la bula *In cæna Domini*, uno de los más grandes monumentos de la locura humana. Al otro dia tomó la resolucion de abolir la Compañía de Jesus, y la Europa aplaudió.» Despues nuestras viajeras visitaron toda la Italia, y quedaron sorprendidas al encontrar, en lugar del maquiavelismo, una emulacion entre los príncipes y las repúblicas, sobre quién haria á sus súbditos más hombres de bien, más ricos y más felices: «Hija mia, decia la razon á la verdad, se me figura que nuestro reinado va á empezar muy pronto; preciso es que algunos de los profetas que han venido á visitarnos en nuestro pozo hayan sido bien poderosos en palabras y en obras para cambiar así la faz de la tierra. Ya veis que todo llega lentamente; era necesario pasar por las tinieblas de la ignorancia y de la mentira ántes de volver á entrar en vuestro palacio de luz.»

Las viajeras llegaron á Alemania. «Vieron con satisfaccion aquel país que en tiempo de Carlo Magno no era más que un bosque inmenso, lleno de pantanos, cubierto hoy de ciudades florecientes; aquel país que no tenía en los tiempos antiguos por sacerdotes más que brujas que inmolaban hombres sobre piedras groseramente labradas; aquel país que despues habia sido inundado en su sangre por saber con exactitud si la cosa era *in, cum, sub,* ó no... ¡Bendito sea Dios! dijo la razon; por fin estas gentes han

venido á mí, cansadas de hacer locuras.» No ménos agradablemente sorprendió la Rusia á la razon y á la verdad: «No se cansaban de admirar cuánto habia cambiado el mundo en algunos años. Deducian de esto que tal vez algun dia Chile y las tierras australes serian el centro de la civilizacion y del buen gusto, y que sería preciso ir al polo antártico para aprender á vivir.» Cuando llegaron á Inglaterra, la verdad dijo á su madre: «Me parece que la felicidad de esta nacion no se parece á la de las otras; ha sido más loca, más fanática, más cruel y más desgraciada que ninguna de las que conozco, y ha llegado á formarse un gobierno único, en el cual ha conservado todo lo que la monarquía tiene de útil, y todo lo que una república tiene de necesario. Es superior en la guerra, en las leyes, en las artes, en el comercio.»

Las viajeras terminan en Francia su paseo por Europa. Era en vísperas de la revolucion. Es curioso oír por boca de Voltaire cuáles eran los deseos de la nacion: es como el programa de 1789: «Se va á repartir á los indigentes que trabajan los bienes inmensos de ciertos ociosos que han hecho voto de pobreza. Estas gentes de manos muertas no tendrán ya esclavos de manos muertas.»—«No oís, madre mia, todas esas voces que dicen: Los matrimonios de cien mil familias, útiles al Estado, no serán ya considerados como concubinatos, y los hijos no serán declarados bastardos por la ley.»—«Las faltas leves no serán castigadas como los grandes crímenes. Este debería ser el primer axioma de la justicia criminal.»—«Los bienes de un padre de familia no serán ya confiscados, porque los hijos no deben morir de hambre por las faltas de sus padres.»—«La tortura, inventada en otros tiempos por los ladrones de los caminos reales para obligar á los viajeros á descubrir sus tesoros, y empleada hoy en un corto número de naciones para salvar al culpable robusto y perder al inocente débil de cuerpo y de espíritu, no se aplicará ya más que para los crímenes de lesa sociedad, y solamente para la revelacion de los cómplices.»—«Oigo tambien en derredor de mí en todos los tribunales estas palabras notables: No citarémos ya nunca los dos poderes, porque no puede haber más que uno: el del rey, ó de la ley, en una monarquía; el de la nacion, en una república. El poder divino es de una naturaleza tan diferente y tan superior

que no debe ser comprometido por una mezcla profana con las leyes humanas.»

La razon respondió á la verdad: «Hija mia, bien comprendéis que yo deseo poco más ó ménos las mismas cosas y *otras muchas más*. Todo esto requiere tiempo y reflexion. Siempre me he dado por muy satisfecha en mis penas, cuando he obtenido parte de lo que deseaba. Hoy estoy muy contenta. ¿Os acordais del tiempo en que casi todos los reyes de la tierra estaban en una profunda paz, se entretenian en descifrar enigmas, y en que la bella reina de Saba venía á proponer de palabra logogrifos á Salomon?—Sí, madre mia, eran buenos tiempos; pero duraron poco.—Pues bien, repuso la madre, éstos son infinitamente mejores. Entónces no se pensaba más que en hacer alarde de un poco de ingenio, y veo que en estos últimos diez ó doce años se han dedicado en Europa á las artes y á las virtudes necesarias que endulzan las amarguras de la vida. *Parece en general que se han dado la consigna para pensar más sólidamente que lo habian hecho durante millares de siglos.*» La verdad confiesa que no tiene más que elogios para los tiempos presentes «á despecho de tantos autores que no saben alabar más que lo pasado.»

Mucho podria decirse sobre estas breves páginas: la revolucion es su comentario vivo. Limitémonos á consignar que todos los afanes de Voltaire se refieren al progreso social. Lo provoca, lo desea, pero no espera que se realicen todos sus deseos. Así es la marcha lenta del perfeccionamiento. La revolucion en su arranque impetuoso sobrepujó estas tímidas esperanzas; pero, precisamente por haberlas sobrepujado, fué seguida de un movimiento de reaccion y de retroceso. Aprovechen los pueblos la leccion. No deben esperar el progreso de una revolucion súbita: el progreso se prepara y se realiza lentamente, y para que las instituciones sociales se trasformen, es preciso que el hombre se regenere. Esta es una fase del progreso que el siglo XVIII descuidó demasiado, y si la desconoció, es porque carecia de un principio religioso. El amor de la humanidad, por poderoso que sea, no es suficiente.

N.º 2.— *Rousseau.*

Rousseau es todo lo contrario de Voltaire, y, sin embargo, ambos se proponen el mismo objeto. Por ciertos conceptos el autor del *Emilio* conoce mejor que su brillante rival lo que hace falta á su siglo; si escribe el *Contrato social*, escribe tambien un tratado sobre la educacion, y en él enseña los principios de la religion natural. Han sido tomadas demasiado literalmente sus paradojas; no quiere volver á llevar al hombre á los bosques, quiere regenerarlo, atrayéndolo á la naturaleza, y tenía razon. A la educacion ha de pedir el siglo XIX la trasformacion que los filósofos del siglo pasado esperaban demasiado exclusivamente de la reforma social. Las sociedades han sido trasformadas de arriba abajo; pero ¿qué importa esto y para qué sirve, si el hombre sigue siendo el mismo? Hay país que tiene todas las libertades posibles en su constitucion, pero los ánimos están esclavizados por la supersticion y la ignorancia: ¿qué es la libertad política sin la libertad de pensamiento? ¡Gloria á Rousseau, que ha indicado el camino!

No tomarémos al pié de la letra sus elocuentes declamaciones contra las ciencias y las artes: «Nuestras almas se han corrompido, exclama, á medida que nuestras ciencias y nuestras artes han adelantado hácia la perfeccion.... La elevacion y depresion diarias de las aguas del Océano no han seguido con más regularidad el curso del astro que durante la noche nos ilumina, que la suerte de las costumbres y de la probidad al progreso de las ciencias y de las artes. Se ha visto cómo la virtud huía á medida que la luz iba iluminando nuestro horizonte, y el mismo fenómeno se ha observado en todos tiempos y lugares.» El sentimiento que inspira á Rousseau es exacto. Le sorprendia la decadencia moral que dominaba en un siglo que hacía gala de su cultura intelectual. Lo que sobre todo le llegaba al alma es la reforma de las costumbres. Con este objeto escribió su *Emilio*. Se dedicó á alabar lo pasado; á la manera de Tácito, que ensalzaba la pureza de los Germanos, para avergonzar á los Romanos por su corrupcion. En las dos épocas la corrupcion tenía la misma causa, la tibieza en las

creencias, la ruina de la fe antigua, cuando todavía eran vagos é indecisos los principios de una fe nueva. Hé aquí por qué Rousseau publicó la *Profesion de fe del vicario saboyano*. Marcha por el verdadero camino del progreso, porque dice á los hombres: Reformaos, si quereis reformar la sociedad.

Éste es el verdadero Rousseau: no hay mision más grande que la suya. En cuanto á sus arranques contra lo presente y sus elogios de lo pasado, no hay que darles mucha importancia: es su papel de misántropo. Pero importa dejar consignado que al alabar lo pasado á expensas de lo presente, Rousseau se ha equivocado. Los hechos en que se apoya no tienen existencia más que en su humor tétrico. En el discurso sobre las ciencias y las artes ensalza hasta las nubes á la ciudad de Licurgo, «esa república de semidioses más bien que de hombres, pues sus virtudes parecian superiores á la humanidad: ¡Oh Esparta, oprobio eterno de una vana doctrina! Mientras los vicios, conducidos por las bellas artes, entraban en tropel en Atenas, mientras un tirano reunia en ella con tanto cuidado las obras del príncipe de los poetas, tú arrojabas de tus muros á las artes y á los artistas, á las ciencias y á los sabios!» No hay de verdad en este cuadro de fantasía más que la barbarie de los Espartanos; en cuanto á sus pretendidas virtudes, no existen más que en la imaginacion de Rousseau; la historia las ignora; ¿qué digo? nos dice que los vicios reinaban en toda su brutalidad allí donde un puñado de aristócratas trataba á las poblaciones vencidas como animales.

De suerte que la historia real desmiente el cuadro imaginario de Rousseau: los Espartanos no fueron ménos corrompidos, porque despreciaban las artes y las ciencias; todo lo que ganaron con su ignorancia fué que su corrupcion fuese más grosera. Los extraños errores en que ha incurrido Rousseau prueban que la verdadera doctrina del progreso no puede levantarse sino sobre la base de la realidad, de la historia estudiada concienzudamente. El siglo XVIII era demasiado apasionado para hacer un estudio serio de los hechos; unos, la mayor parte, denigraban el pasado y lo calumniaban; otros lo fabricaban idealizándolo. Únicamente Montesquieu, entre los escritores de primer orden, tuvo genio histórico, pero fué demasiado exclusivamente histórico; se contentó con

buscar la razon de las cosas, sin investigar la ley general que rige los acontecimientos. Hubo, sin embargo, un hombre que, uniendo el gusto de la historia al de la filosofía, enarboló la bandera del progreso desde su entrada en la carrera de las letras; Turgot es, en nuestra opinion, de todos los escritores del siglo pasado, el que ha formulado con más precision la doctrina del progreso. El destino le hizo tomar parte en los negocios; trató de realizar en la vida real los progresos sociales que la nacion esperaba con tanta impaciencia. ¡Más feliz hubiera sido la Francia, si las estúpidas pasiones de las clases privilegiadas no hubieran detenido al ministro reformador!

N.º 3. — Turgot.

A la edad de veintitres años Turgot escribió un discurso, cuyo asunto era: *Los progresos sucesivos del espíritu humano* (1). Es próximamente el mismo título que dió Condorcet al famoso *Bosquejo*, que es como el testamento del siglo XVIII. ¿Cómo entendia el progreso el jóven orador? Veia en él una ley general que domina la diversidad, aparentemente infinita, de los hechos históricos. Esta variedad es tal, que pudiera creerse que proviene de la falta de una regla, y éste es ciertamente el efecto que produce en muchas inteligencias que se pierden en los detalles. Turgot señala la diferencia que existe entre los fenómenos de la naturaleza y las acciones libres de los hombres. Los primeros, sometidos á leyes constantes, se producen en un círculo de revoluciones que siempre son las mismas. En la sociedad humana, por el contrario, la razon, la libertad, las pasiones, dan lugar incesantemente á nuevos acontecimientos. ¿Quiere esto decir que domina en ellos la casualidad? No; todas las edades están enlazadas por una serie de causas y efectos que unen el estado presente del mundo con todos los precedentes. ¿Cuál es la ley que rige este encadenamiento? «Los signos multiplicados del lenguaje y de la escritura, dando á los hombres medios de asegurar la posesion de sus ideas, y de co-

(1) Obras de TURGOT (*Coleccion de los economistas*, t. II, p. 597).